

DOMINGO FIGUERAS, ZARAGOZANO  
EJEMPLAR

POR

DOMINGO J. BUESA CONDE

INSTRUCTOR EN EL EXPEDIENTE DE LA  
CONCESIÓN  
DE LA MEDALLA DE PLATA DE LA CIUDAD DE  
ZARAGOZA A  
DON DOMINGO FIGUERAS

ENTREGADA EN EL SALON DE SESIONES, EN  
AYUNTAMIENTO PLENO, EL DÍA 28 DE MARZO  
DEL 2008

Con el permiso de Su Excelencia,  
Compañeros del Concejo cesaraugustano  
Señores y señoras,

Si les voy a ser sincero, anoche cuando el Alcalde me dijo que tenía que presentar a Domingo Figueras me quedé horrorizado, no tanto por la premura de preparar una reflexión sobre su condición de zaragozano sino por lo absurdo que es presentar a una persona tan conocida por todos. Era un atrevimiento salir a hablar de un aragonés con una amplia trayectoria vital, con una intensa generosidad, con una peculiar forma de construir esa convivencia de la tierra, socarrona e intensa, que es la mejor identidad de Zaragoza.

Sin embargo, por otro lado, además de la obediencia que debo a la primera autoridad de la ciudad, me animaba la circunstancia de que no me vería en la obligación de hacer un recorrido curricular por sus setenta primaveras, por ser cometido de nuestro alcalde. Pero, si les voy a ser sincero, lo que más me apetecía y me llenaba de orgullo era el poder hablar de una de las personas que me causaron profunda impresión cuando -antes de que el hombre llegara a la luna- lo veía desfilar por la calle adoquinada de San Gil.

Les puedo asegurar, que es emocionante, muchas décadas después, que el destino te permita agradecer a un viejo romano de la guardia pretoriana su apuesta por mantener tantas parcelas de la vida cultural de la ciudad. Y es que Domingo Figueras está íntimamente unido a los perversos y malísimos romanos, primero a los de la Cofradía de Jesús Camino del Calvario y luego a los de la Real Hermandad de la Sangre de Cristo. Porque, no deben tener duda que Domingo, con ese genio que Dios le ha dado, pertenecía a esos romanos que hacían vela y nos impresionaban cuando íbamos de monumentos -cuestión que nuestros hijos ya no saben ni qué es- y nos impresionaban mucho puesto que algunos compañeros mayores de los escolapios decían que eran de cartón.

Por cierto, que él mismo cuenta cómo haciendo una de esas guardias un chiquillo se le acercó aguja en ristre y, después de que Domingo tensara las piernas hasta el crujido más agudo, le arreó un pinchazo que confirmó a la criatura que ciertamente era un romano de cartón. Sin olvidar que en el lado del crujido se confirmó la bondad herodiana.

Es una anécdota más de una vida intensamente unida a la Semana Santa, de una vida que sabe lo que es vivir la calle -en el mejor sentido de la palabra- en Zaragoza, con el cierzo y la primavera soñando la Pasión de Cristo. Les tengo que asegurar que no me acuerdo de cuando dicen que también salía como paje del recordado Ignacio Moreno, que iba leyendo su pregón de fiestas en un pergamino amarillo infame a lomos de un caballo que, dicen algunos y fotos hay, mantenía las distancias con el paje que iba vestido más de esperpento que de paje.

Eran los tiempos de la Zaragoza que se despertaba con los cascos de las caballerías resonando por las calles adoquinadas del Coso, por la cercanía de esa calle en la que nació nuestro homenajeado, el mismo año en el que murió Ramón y Cajal y el mismo año en el que los ciudadanos no hablaban más que del misterio de la casa del duende de la calle Gascón de Gotor. Un año, ese de 1937, en el que contaba "El Noticiero" que había salido una rata en los porches del paseo (el entonces conocido como tontodromo por militares y criadas) "*que por lo bien nutrida parecía un conejo*" y que se había hecho famosa no por su inmensidad sino porque pereció por los bastonazos que le arreó un alcalde de Zaragoza, López de Gera, que se vio en la obligación de correr tras ella y actuar ante la ausencia de policías, haciéndose acreedor de la admiración de damas y señoritas.

Así comenzaba la andadura vital de un zaragozano que trató al venerado hermano Adolfo de la Salle, y que en su juventud no dejó ninguna actividad cultural sin testar. Por cierto, que en sus pinitos teatrales y haciendo la famosa obra "Cuñada viene de cuña" conoció a Paca, su mujer. La persona que ha hecho posible este excepcional y entrañable personaje que se llama Domingo Figueras, la única persona que ha sabido tensar el violín y la excepcional madre de sus hijos Domingo, Encarna y Marta, que a todos es justo nombrar sin olvidar a los nietos para que luego no me pase cuentas.

Y dicho esto, los que supimos del romano serio y digno, pasados los años nos encontramos con un penitente tierno y emocionado. Con un zaragozano que quiso contribuir a mantener viva esta apuesta de la ciudad del Ebro por la procesión, por la silenciosa vivencia de compartir las escenas de la vida de

Cristo en las calles de nuestras alegrías y nuestras tristezas. El hábito negro, el varal de mando como no podía ser de otra manera con el carácter que el señor le dio, y el cigarro a escondidas, fueron la imagen de un aragonés integro y de noble corazón. Dice Justo Gimeno que, cuando era niño, a las doce de la noche del Jueves Santo, cuando salía la Virgen a la Plaza de San Cayetano, vio a Domingo extasiado y con dos gruesas lágrimas rodando por su cara. Y concluye, "entonces comprendí que los hombres de verdad también lloran".

Y es cierto, porque yo se que hoy también es día de escaparse lágrimas furtivas, escondidas, por la emoción entrecortada de vivir un momento excepcional en tu vida. Pero, y no me lo tengas en cuenta que no es sadismo, son esas lágrimas de sorber que tantas veces corrieron por tu rostro, cuando el cabildo te dio el inmenso honor de ser el guía de la carroza de plata de Nuestra Señora del Pilar. Ese es el momento en el que tu silueta se hace Aragón, con la faja bien prieta para ocultar la tripa que tu y yo tenemos, y con ese pañuelo a la cabeza que los atontaos dicen que nos lo poníamos para el sudor, sería para el sudor del sombrero de Sástago.

Y ya tenemos al Domingo vestido de zaragozano, de señor de la huerta de Zaragoza, de Wenceslao. Y así lo hemos hecho estampa, porque Domingo Figueras ha apostado por recuperar nuestra identidad como pueblo, nuestra cultura, nuestra memoria. Paseando sobre sus alpargatas limpias y relimpias, como le gustan a Paca, nos ha permitido tener conciencia de nosotros mismos, sentirnos orgullosos de quienes somos y hacia donde vamos. Nos permite ser parte de una historia y de un pueblo, de un amor infinito a Nuestra Señora del Pilar.

A esa Virgen que ha servido siempre que ha podido, para la que creó su magnifico grupo "El Pilar", para potenciar que en las procesiones se vistiera el traje regional. Para potenciar la presencia de hombres y mujeres de la tierra en esa ofrenda de Frutos, camino del Pilar desde 1949, y con la que todos los 13 de octubre nos obsequia con algún ditirambo, alguna flor e incluso con alguna magdalena. Todo ello, sin olvidar la de Flores desde 1958, y, por supuesto, la procesión del Rosario de Cristal desde 1980 que es otra de sus grandes pasiones, de esas que le han quitado tiempo a su familia.

Por todo esto, tienes que tener claro buen amigo, inmortal zaragozano, que te has hecho acreedor de nuestro reconocimiento más sincero, porque es de bien nacidos el agradecer su entrega a aquellos ciudadanos que siempre destacaron por su proceder honesto, amable y esto lo digo con ciertas

limitaciones y música de fondo de algún bocinazo entrañable, emprendedor y profundamente enamorado de su tierra. Tu hacer ha sido fructífero y generoso, has colaborado a recuperar los valores que dan identidad a un pueblo, has ayudado a que mucha gente se sienta identificada con su tierra y lo manifieste caminando por esa calle Alfonso, en una procesión familiar que hasta hemos tenido el honor de hacer Dolores Serrat y yo mismo.

Tienes la medalla por tus compromisos con la ciudad, por que con ese hablar pausado nos has dicho que es bueno que se oiga la voz de todos, solemne y clara, porque acaso como dice el poeta todo está por hacer y todo es posible... Compromisos con la Ciudad que han saltado de la cultura a la vida que se retuerce en el dolor y la tragedia, que se enrosca en el silencio. Y allí has estado desde tu empeño en hacer grande a la Cruz Roja o en servir como viene haciendo tu querida Hermandad desde hace más de seiscientos años -hasta en aquellos momentos en que hay que apretar los dientes- como Hermano de la Sangre de Cristo...

Pero, no hace falta desgranar más generosidades de tu vida, de esa vida que has compartido con Zaragoza, con tu Zaragoza. Te sobran los méritos y además es bueno que, casi cincuenta años después, nos reconciliemos con los romanos de pantalón de lana y lanzas de opereta. Es bueno que unamos todas las manos para decirle a nuestra Patrona que es bueno que haya gente como tú, gente que sabe donde pincha el adoquín, donde acaricia el cierzo del Moncayo y donde se nos inundan los ojos por la emoción de sentirnos parte de esta ciudad, de esta tierra, de este mundo que iluminan los rayos de sol hasta que se ponen por Torrero...

Y si además, estos méritos no te parecieran suficientes, mientras refunfuñas como sólo saben hacerlo los grandes hombres, te tengo que decir que se merece una medalla quien escribió estas líneas: *" más de cincuenta años en la Semana Santa de Zaragoza dan para muchos recuerdos, para muchas sensaciones y vivencias. Kundera sostiene que "vivir es una serena desesperación", pero yo contrapongo, como cristiano y cofrade que soy, que "vivir es una continuada esperanza". Sí, yo sigo con el mismo espíritu de siempre, todo el año, todos los años. La amada medalla de la Hermandad en mi bolsillo. Los recuerdos de amigos que ya se han ido, rotos en el alma, heridas y cicatrices que ante un liviano comentario, una visión fugaz, un olor familiar, se vuelven a abrir y provocan dolor. Y aquí, ahora, sólo en San Cayetano, contemplando mis queridos pasos, se me agolpan todos esos rotos imposibles de zurcir. Observo mi hábito, al que le surgen reflejos por la edad; ésta segunda piel que ha visitado tantas veces la tintorería y*

*que es tratada por la Paca y por mí con todo nuestro mimo, estas familiares bocamangas moradas, gastadas y hermosas. Me paro ante el Santísimo Cristo de la Cama, aún en la carroza, y vuelvo a subir a adorarlo, le beso los pies y noto que el aire se resiste a entrar en mis pulmones, un nudo en la garganta se lo impide. La imagen de Jesús muerto me sobrecoge; siempre lo ha hecho, desde que era un crío en aquella añeja Zaragoza, aquella Zaragoza de polvo y viento; ¡Dios mío, cómo ha cambiado todo!..*

Tienes razón las cosas han cambiado mucho, pero la luna sigue poniéndose por encima de la torre de Santa Isabel la noche del Viernes Santo, y tus amigos te siguen esperando afuera, que como te gusta decir, donde tienes "abrazos esperando", abrazos que te reconfortan y te dan nuevas fuerzas... Y además, aunque ya no resuenen los caballos en la madrugada o los serenos a la medianoche, las cosas han cambiado a mejor, hemos avanzado, Zaragoza es una gran ciudad de la que todos nos sentimos orgullosos y por la que todos vamos a seguir trabajando.

Y ese cambio también es obra tuya, procesión a procesión, ofrenda a ofrenda, cuestación del Cáncer a cuestación... Ese es un cambio en el que como hay que agradecerte tantas cosas hemos decidido, todos los que hoy representamos a la ciudad, darte la Medalla de Zaragoza.

Enhorabuena, disfrútala con los tuyos y ya sabes tienes que comenzar a preparar las procesiones próximas, que el tiempo es traicionero y un año es poco tiempo. Y además, el próximo año te queremos ver la medalla en esa blusa que sueña los blancos de la nieve que por cierto, permitidme que lo diga, casi nunca cae en Zaragoza con lo bonito que quedaría el Pilar.

Bromas aparte, Domingo Figueras, tocayo y amigo, romano de romanos, gracias por ser como eres.